

Los movimientos campesinos en la Guerra del Pacífico

Nelson Manrique

UN AÑO PROMISOR no era 1882 para los pobladores de la sierra central. Al acercarse el tercer aniversario del inicio de la guerra, Chile controlaba el mar; el ejército peruano había sido destruído y luego de la debacle de San Juan y Miraflores, la capital había sido ocupada. Aun más, el desconocimiento de Piérola como interlocutor para negociar la paz, por el alto mando chileno, había abierto el camino para que los civilistas nombrasen un nuevo gobierno que, inicialmente repudiado por todo el país, finalmente había sido aceptado gracias, principalmente, a la intensa actividad desplegada por el ministro norteamericano Mr. Hurlbut¹. Mas el reconocimiento de García Calderón como presidente, por los jefes militares peruanos de los ejércitos del norte, centro y sur, al obligar a la dimisión de Piérola, no había logrado unificar al país. Piérola contaba con muy fuertes lealtades entre las aristocracias provincianas, gracias a la habilidad con que logró clientelizarlas y capitalizar el resentimiento existente contra "la argolla" (los civilistas), a la que un amplio sector de la población responsabilizaba de la malhadada guerra y de las calamidades que había provocado. La división seguía pues, latente, y

(*) Este trabajo retoma algunos aspectos de una investigación mayor: **Campesinado y nación: la sierra central en la guerra del Pacífico**. P.U.C., 1978. Tengo una deuda de gratitud con Florencia Mallon, con quién compartimos un fructífero trabajo en la región.

no se modificó sustancialmente la situación cuando el comando chileno, convencido de la imposibilidad de lograr de García Calderón la cesión territorial que había definido como objetivo, detuvo a éste y lo envió cautivo a Chile. Pese a que Piérola se encontraba en Europa, y por tanto podría esperarse que se atenuasen las contradicciones, al hallarse ausentes los caudillos en conflicto, el antagonismo partidario mantenía escindido al país, a despecho de la unidad formal que se había constituido en torno al vicepresidente del mandatario cautivo, el almirante Lizardo Montero.

1º—LA COYUNTURA DE INICIOS DEL 82

En esta situación, la posición del general Andrés Avelino Cáceres, jefe superior político militar de los departamentos del centro, era difícil. De su actitud de inicial acatamiento a Piérola, de quien recibió el nombramiento, pasó a desconocerlo, y a apoyar a García Calderón, ilusionado con la perspectiva de lograr una paz honorable gracias a los buenos oficios de los EE.UU. Desde que la intervención del "gran país" tenía como prerrequisito la unidad interna, y era evidente que aquella, para ser del agrado de los norteamericanos, debía darse en torno a García Calderón, parecía lo más lógico precipitar los acontecimientos en ese sentido, para evitar sacrificios innecesarios. Mas la decisión no ayudó a unificar el país. El resto de la guerra, con la solitaria acción de San Pablo (Cajamarca), el ejército del centro debería combatir solo, en tanto el del sur se abstenía y el del norte, bajo la inspiración de su jefe, Miguel de Iglesias, llegó a la abierta colaboración con el enemigo contra las fuerzas caceristas². Pero no era el aislamiento y la oposición exterior el mayor problema que debía afrontar el caudillo de la Breña. Aún más grave era la escisión del bloque dominante del centro, que le había abierto un nuevo frente de lucha *al interior* de su propio territorio. En esas condiciones, la única posibilidad de sostener la resistencia era ganando el apoyo de la fuerza social fundamental de la sociedad peruana del ochocientos: el campesinado.

Para el campesinado de la sierra central, la guerra era un fenómeno que había ido tomando corporeidad de una manera gradual. De ser, en su primera fase, un acontecimiento le-

jano —geográfica y emocionalmente—, luego de la captura del “Huáscar”, pasó a convertirse en realidad dolorosamente tangible, debido al incremento del enrolamiento compulsivo con que se proveía de soldados al ejército de línea. Y cuando éste fue destruido, y fue necesario improvisar milicias para defender la capital, y el envío de campesinos a combatir a la costa se hizo masivo. Estos eran incorporados a batallones organizados por los terratenientes de la región, quienes asumían el mando militar de soldados que, en su mayoría, eran los operarios de las haciendas de su propiedad. De esta manera, la subordinación de los reclutas frente a sus oficiales no hacía más que poner ropajes militares a la inmemorial subordinación del campesinado a los gamonales.

Las batallas de San Juan y Miraflores fueron verdaderas masacres; soldados improvisados, arreados a combatir, tuvieron que enfrentarse con un plan operativo absurdo, bajo el mando de oficiales de los que los separaba una insalvable barrera cultural y lingüística, contra un ejército veterano. Los resultados los reseña un parte peruano al referirse a los combates en Chorrillos: “los batallones *Libres de Cajamarca e Ica* se dispersaron desde los primeros tiros y haciendo fuego sobre sus propios jefes y oficiales del E.M. que trataron de contenerlos. De las fuerzas que combatieron las ocho décimas partes murieron batiéndose heroicamente y el resto quedó herida o prisionera (sic) siendo muy pocos los que lograron replegarse a la línea de Miraflores”³. La misma noche de la derrota en Miraflores —15 de enero de 1881— Piérola enfiló a la sierra, estableciéndose sucesivamente en Tarma, Jauja y Ayacucho, donde lo sorprendió el pronunciamiento de sus jefes militares.

Ya en junio del 81, Cáceres tuvo que hacer frente a una expedición chilena, al mando del coronel Ambrosio Letelier. Este salió de Lima el 15 de marzo (el mismo día en que Cáceres hacía lo propio luego de convalecer de una herida que le fue infringida en Miraflores), y anduvo merodeando por los departamentos de centro imponiendo múltiples cupos: ocupó Tarma, Cerro de Pasco y Jauja, y no llegó a entrar en Huancaayo porque Cáceres logró engañarlo y, con una fuerza de apenas 100 hombres, le hizo creer que disponía de un contingente suficiente para enfrentarlo. Letelier regresó a Lima a inicios de julio y Cáceres pudo avanzar las fuerzas que había logrado reunir hasta las puertas de la capital. Mas esta primera incur-

sión agudizó las contradicciones en la región. En Cerro de Pasco, elementos como Carlos Minaya, Jacinto Cortázar y Erasmo Fernandini, importantes mineros, colaboraron directamente con Letelier, como una forma de eximirse de los cupos, lo que generó graves enconos. Y éstos se agudizaron aún más cuando Piérola decretó que se remataran los bienes de los colaboracionistas, o, en su defecto, se los incendiase ⁴. Además, los cupos asestaron un golpe demoledor a los terratenientes de la región. En un solo día, los Valladares, los más grandes terratenientes de la región, debieron endeudarse en 82 mil soles con Guillerino Kirchner, un usurero alemán que contribuyó decididamente a su quiebra. Juan Enrique Valladares y su hermano Luis Fernando, combatieron en San Juan y Miraflores dirigiendo el batallón *Concepción N° 27*, organizado con trabajadores de sus haciendas, equipándolo, armándolo y vistiéndolo con sus propios recursos. Este fue diezmado en la acción ⁵.

El segundo semestre del 81, Cáceres tuvo un respiro que aprovechó para avanzar en sus febriles preparativos. De haber comenzado sólo a inicios de mayo, logró levantar un ejército de 5 mil hombres, con los que amenazaba la capital. Al mismo tiempo se estimulaba la formación de guerrillas en las comunidades. Mas la fortuna no le era propicia: el tifus diezmó sus fuerzas; las divergencias partidarias estimularon la desertión y cuando sólo le quedaban 2,500 hombres, el primer día del año 1882, el alto mando chileno lanzó una vigorosa ofensiva destinada a batirlo. Por Canta y Huarochirí avanzaron 7 mil hombres, que debían sorprenderlo en Chicla. Mas al llegar no lo encontraron. Con esa correlación desfavorable decidió emprender la retirada.

2º—LA GUERRA LLEGA A LA SIERRA CENTRAL: LA OCUPACION

Cáceres retrocedió hasta el valle del Mantaro y luego hasta Ayacucho, debiendo afrontar graves desertiones a lo largo del trayecto. A Huancayo llegaron 1,300 hombres, con los que el 4 de febrero debió empeñar combate con las fuerzas del coronel Estanislao del Canto, que lo alcanzó en Pucará, cuando abandonaba el valle. Logró contener a los 3,000 hombres que lo perseguían y salvar sus reducidos efectivos. Pero aún no ter-

minaban sus tribulaciones. En la noche del 18 de febrero, en la cuesta de Julcamarca, una tormenta le liquidó 412 hombres. Finalmente, llegó a Ayacucho con unos 400 efectivos. Y con ellos debió enfrentar a las fuerzas del coronel peruano Arnaldo Panizo, un ex-pierolista que lo desconoció como jefe militar cuando reconoció a García Calderon como presidente. El encuentro tuvo lugar a las faldas del Acuchimay, y su victoria le permitió engrosar sus fuerzas con las del vencido. A continuación empezó a organizar el nuevo ejército del centro.

El mantenimiento de un ejército de ocupación de 3 mil plazas plantea álgidos problemas de logística. Ello debió plantearse el coronel Canto por las necesidades que imponía el mantener sus fuerzas acantonadas en la región. Era necesario actuar en consecuencia. Y frente a una población que negaba el apoyo al ocupante, éste optó por tomar lo que necesitaba. De esta manera la ocupación agudizó la miseria existente, a través de la imposición de cupos. Y así la situación se tornaba explosiva, creándose un caldo de cultivo propicio al descontento y la revuelta.

A juzgar por la selección de aquellos a los que se imponía los cupos, la intención original del oficial chileno fue la de castigar a aquellos que hicieron armas contra Chile y, entre éstos, en primer lugar, a los terratenientes que organizaron fuerzas para resistir en San Juan y Miraflores. Esto era perfectamente compatible con las instrucciones que le proporcionó su jefe, el almirante Lynch, que le señalaban la necesidad de ganar el apoyo campesino. "Canto pretendió atraerse a los indios pobres con la consigna de que su intención era obligar a los ricos a pedir la paz y pagar los impuestos" ⁶. Naturalmente, este "tinte social" de la ocupación no pudo mantenerse sino por un período muy breve y las crecientes necesidades de abastecimiento llevaron muy pronto a la generalización de las imposiciones indiscriminadas.

Dentro de esta línea inicialmente asumida, a mediados de febrero salió de Huancayo una expedición de 40 jinetes de caballería. Su objetivo era ocupar la hacienda Runatullo, de propiedad de Manuel Fernando Valladares. Cuando la expedición comandada por el capitán Fernando Germain, se internó, vía Concepción, en Comas, Juan Enrique Valladares ejercía el cargo de alcalde de Concepción. Al parecer, luego del desconoci-

miento de Piérola por Cáceres, los Valladares abandonaron la lucha y se replegaron a sus actividades habituales.

3º—SE DESENCADENA LA RESISTENCIA GUERRILLERA

a) Sierra-Lumi

Con la colaboración del italiano Loero, un oscuro comerciante de Concepción que se prestó a servir de guía, la expedición llegó al pueblo de Comas el 24 de febrero. Su estancia fue corta. Se alimentaron y siguieron rumbo a Runatullo, no sin antes advertir que deberían tener preparado el rancho para la fecha que retornasen.

En cuanto la expedición partió, la comunidad se reunió en pleno y sometió a debate la actitud a asumir. Por unanimidad se acordó organizar la resistencia. En la misma reunión se habría nombrado jefe a Ambrosio Salazar y Márquez ⁷. Este, así como los jefes guerrilleros del primer período, era un campesino acomodado. A los 25 años pertenecía a la pequeña élite que había egresado con secundaria completa del Colegio Nacional "Santa Isabel", el único de la provincia.

Una vez decidida la resistencia se organizó el combate. Se envió un grupo de chasquis con la misión de que siguiesen a prudente distancia al destacamento, para informarse de sus movimientos, y así supieron que habían entrado en Runatullo y requisado abundante ganado.

Runatullo, con más de 100 mil hectáreas, era la hacienda más grande que poseían los Valladares. Hasta ese entonces, su distancia de los centros poblados del valle del Mantaro la había librado de las exacciones. Mas esta vez, el cupo fue grande. Los chilenos regresaron rumbo a Comas el 28 arreando gran cantidad de ganado. Pocos kilómetros antes de llegar al pueblo, en el paraje denominado Sierra-Lumi, fueron emboscados. Era el día 2 de marzo.

Sierra-Lumi es un desfiladero de aproximadamente un kilómetro de longitud. A un lado tiene escarpados cerros y al otro el abismo que se precipita sobre un río. En este punto fue sorprendido el destacamento por las descargas de fusilería de las armas de caza de los comasinos y por el impacto de las galgas que desde los cerros despeñaban los demás comba-

tientes de la comunidad. En la acción quedaron fuera de combate 35 soldados chilenos, incluido el oficial que comandaba el cuerpo. Los 5 restantes y el guía lograron escapar "a uña de caballo", en tanto que los comasinos se hicieron de un botín, que incluía "ochocientas reses y cien caballos extraídos de la hacienda Runatullo, 35 caballos aperados de brida a espuela y otras tantas carabinas Winchester de chapa blanca, no conocidas hasta entonces en el Perú" ⁸. Años después, Manuel Fernando Valladares, con el apoyo del mismo Andrés Avelino Cáceres, que una vez fuese el ídolo de los guerrilleros del centro, obligaría a los comasinos a resarcirle del ganado tomado, pese al argumento irrefutable que éstos esgrimían de que aquel había sido tomado cuando ya pertenecía a los chilenos y por tanto, debiera ser considerado como botín de guerra.

Es necesario detenerse sobre ciertas peculiaridades de la acción de Sierra-Lumi. En primer lugar, ésta no fue desencadenada por la reacción contra los cupos. La expedición se limitó a tomar alimentos en el pueblo de Comas, pero no impuso ninguna contribución forzada. En este punto están de acuerdo todos los testimonios.

En segundo lugar, la iniciativa de la acción fue autónoma e independiente. Si bien Cáceres dejó delegados que apoyaban la organización de guerrillas, éstas actuaron sólo en los pueblos de la margen derecha (Comas queda en la otra banda). Cáceres tuvo conocimiento de la acción por un parte que le remitió la propia comunidad a través de un chasqui y respondió felicitándolos y nombrando a Salazar y Márquez comandante de las guerrillas de Comas.

En tercer lugar, la acción no fue motivada por una agresión exterior. Ni antes, ni después, pudo penetrar hasta Comas ninguna otra fuerza chilena y ésta, como se ha visto, no tenía el pueblo como objetivo.

Los elementos señalados debieran hacer relativizar el argumento simplista que circunscribe la resistencia campesina a una respuesta automática a una agresión, frente a la que "tuvieron que defenderse".

Luego de la acción de Sierra-Lumi, las fuerzas de Canto organizaron el escarmiento; si hubo abstenciones entre los co-

muneros al momento de la primera acción (no tenemos evidencias suficientes para afirmarlo o negarlo), la lógica de los acontecimientos ulteriores obligó al conjunto de la comunidad a ponerse en armas. Como relatarían algunos de los sobrevivientes: "Seis meses de campaña, sin descanso alguno, en ejercicios continuos, poniéndonos guardias incesantemente de día y de noche que soportamos tantos desvelos durante el tiempo de la invasión por temor, hasta que por último fue arrojado (el invasor) fuera del departamento de Junín por el ilustre General Cáceres al regreso de Ayacucho" ⁹.

El porvenir de Comas era sombrío. Las fuerzas chilenas estaban resueltas a escarmentar ejemplarmente esta rebelión para evitar que el ejemplo cundiese. En un primer momento se exigió, a través del alcalde de Concepción, Juan E. Valladares, la devolución de los cadáveres de los chilenos ultimados, así como su armamento, bajo la amenaza de incendiar Comas y exterminar a sus habitantes si no deponían las armas. Esta propuesta fue desestimada por los comasinos. La acción punitiva debía desencadenarse cuando sucedió un hecho imprevisto, que sustrajo a Comas definitivamente de la atención del enemigo. A mediados de abril, el ejército chileno se vio envuelto en el torbellino de la insurrección general de los pueblos de la margen derecha del valle del Mantaro. La irrupción masiva de millares de campesinos, de decenas de comunidades, en el combate, salvó a Comas de su segura destrucción.

b) Las guerrillas del valle del Mantaro.

Durante su estadía en Junín, y al mismo tiempo que trabajaba en la forja del ejército del centro, Cáceres se preocupó de impulsar la organización de guerrillas en las comunidades: "Al propio tiempo acelerábase la tarea de levantar guerrillas entre la gente de las aldeas y caseríos, enviando con tal objeto individuos idóneos que hablaran en su lengua nativa al corazón y la mente de los campesinos sobre el patriótico deber de combatir al invasor chileno. Tales emisarios debían tener, desde luego presente las instrucciones especiales relativas a los campos labrantíos, a fin de que no sufrieran menoscabo las cosechas" ¹⁰. En esta tarea quedaron soldados y oficiales veteranos, luego de la retirada del caudillo de la Breña a Ayacucho. Y si bien la ocupación de Huancayo por el grueso de la

expedición Canto, y la instalación de pequeñas guarniciones en las principales ciudades de la margen izquierda, impedía generalizar las tareas organizativas al conjunto del valle, en la otra banda la organización de guerrillas alcanzó una gran amplitud. A este resultado contribuyó decisivamente la generalización de los cupos: "Los cupos —por una parte— consistían en dinero en efectivo cuyos pagos se efectuaban semanalmente. De su cumplimiento se encargaban las autoridades provinciales y distritales. Alguaciles o agentes especiales ejecutaban las órdenes impuestas. También se imponía cupos en víveres, aves, ganado vacuno, lanar, porcino, etc. Además, tenía que proporcionarse al enemigo pasto o forraje para la caballería y combustible o leña por cargas" ¹¹. Incluso, algunas versiones, llevan más allá la imagen odiosa de las imposiciones: "con fecha 8 de abril, el coronel Estanislao del Canto (...), firmó órdenes terminantes para que Chongos, Chupaca y Sicaya y otros pueblos pongan a disposición de las fuerzas chilenas un numeroso contingente de doncellas para saciar sus bajos instintos, además de fuertes cantidades de vacunos, carneros, acémilas, aves y víveres de pan llevar. Les fijaron un plazo de 8 días. En caso contrario, la población debía ser arrasada e incendiada sin clemencia para nadie. Es así como a Chupaca se le exigió 50 doncellas según algunas versiones y 200 según otras" ¹². Es muy dudoso que jefe alguno se aviniese a firmar semejante orden, lo cual no significa en absoluto que los abusos reseñados no se cometiesen (como lo demuestra el hecho de que los comuneros mutilasen sexualmente los cuerpos de los enemigos muertos); mas es muy significativo que la tradición oral transmita semejante versión: ella ilustra vívidamente cómo fue sentida la ocupación por aquellos que la sufrieron.

Para el 10 de abril, las fuerzas en pie de guerra eran ya numerosas. Ese día, el Sub Prefecto de Jauja, Remigio Kelway, informaba al Alcalde del distrito de Sincos de una reunión, encargando mil raciones para sus fuerzas ¹³. Al mismo tiempo que se iban encarando muy diversas tareas organizativas, se impulsaba el pronunciamiento de las comunidades de la margen derecha con excelentes resultados (véase el Anexo N° 1). Para el 14, la Comandancia General de la *División de la Libertad*, con sede en Chongos, dictaba un conjunto de disposiciones, que incluían: el envío de mensajes 3 a 4 veces por día desde todos los distritos, por medio de chasquis; la remisión

de las personas "indiferentes a la causa de la Patria" a la Comandancia; el envío de 10 hombres armados, con su caballo, a Chupaca, para una acción conjunta; prepararse para "reunirse en el lugar del conflicto, es decir, donde quiera el enemigo se presente según los partes, vigías o fogatas ad-hoc acordadas".

Al parecer, el desencadenante de las operaciones fue una emboscada que los comuneros de Huaripampa, Muqui y Muquiyauyo tendieron a una patrulla chilena que se dirigía a Llocllapampa para reparar un puente. Ya el 15 resultaba evidente que las fuerzas chilenas se preparaban para incursionar en la margen derecha. Transcribimos el texto de un parte que permite un acercamiento a la situación:

"R. P.

"Capitanía de Muqui.

"Abril 15 de 1882

"Señor Coronel de la Fuerza.

"Imparto Usted que hoy a horas 2 de la tarde que mi impresionó ocho cañonazos de cañón y tuve que dirigirme así a los vagos de mi correspondencia con toda mi fuerza hasta los linderos del Distrito Aliado Muquiyauyo, según la distancia estuvimos al fin del pueblo así a Huaripampa como inbistigado alguna fuerza de caballería fulmos hasta el citado pueblo: nos aflojó cuatro cañonazos sobre nosotros de lo cual no ha habido novedad, ni en nuestra personas ni en el pueblo que son las seis de la tarde.

"Dios gue. a US.

"Remite (fdo.) Medrano
S. Hinostroza".

En su parte al almirante Lynch, el coronel Canto describía la represión del movimiento: "Con motivo del levantamiento general de todas las poblaciones en la parte occidental del río Mantaro, y como esta era una hostilidad para la división de mi mando, por razón de que los recursos de víveres tenían allí su fuente, dispuse formar pequeñas divisiones que operasen contra los pueblos rebeldes, tanto para castigar la rebelión, que según me decían tenían su origen en la contribución de víveres como porque manteniéndose rebeldes, la situación de nuestras tropas era por demás desagradable. Efectivamente se han organizado 3 divisiones que se internaron en la banda sublevada, por Jauja, puente Mejorada y lado de Chongos. (...) Se ha expedicionado incesantemente durante 10 días, sosteniendo combates con los pueblos sublevados y haciendo marchas

forzadas para conseguir la completa dispersión de los montoneros”¹⁴.

A las incursiones de reconocimiento siguieron las expediciones punitivas. Como los puentes habían sido cortados por los guerrilleros, se vadeó el río, que aquel año estaba anormalmente bajo, con el apoyo de fuego de artillería y el concurso decisivo de la caballería. El 17, los combates fueron aislados; al día siguiente se generalizaron al concentrar Chile sus fuerzas; y, en la noche del 18, éstas habían logrado vadear el Mantaro. Se libró un encuentro decisivo en las pampas de Carato, entre 800 guerrilleros y 1,200 soldados chilenos que en tres columnas convergían sobre Chupaca. Los comuneros fueron aplastados y Chupaca incendiada. El número de comuneros muertos ascendió a unos 400; por su parte, los chilenos reconocieron 6 bajas y 14 heridos. Estas cifras revelan elocuentemente la disparidad de las fuerzas, en capacitación y potencia de fuego.

¿Por qué razón las fuerzas guerrilleras presentaron combate franco en un enfrentamiento campal que les era claramente desfavorable? Es posible que influyese el ansia de salvar Chupaca de la destrucción —ésta era una ciudad importante que poseía una población mayor que la de Huancayo— pero parece más verosímil atribuirlo a una evaluación basada en una información falsa; el 16 se recibió un oficio del Comandante General de la *División de la Libertad*, Ceferino Aliaga, que los informaba: “(el) S. Prefecto y Comandante General del Departamento de Huancavelica D. Tomás Patiño se viene con todas sus fuerzas por la ruta de Ñaguinpuquio (sic) a atacar a Huancayo, y además se ha movido dtos. (?) Gral. Cáceres resuelto a buscar al enemigo dondequiera que se encuentre”¹⁵. Ni uno ni otro estaban en condiciones de marchar sobre Huancayo (lo estuvieron tres meses después); evidentemente, se trataba de elevar la moral de las fuerzas guerrilleras con la transmisión de noticias alentadoras; desgraciadamente, éstas crearon la ilusión de una correlación favorable para emprender una guerra de posiciones.

El levantamiento de abril envolvió a las comunidades de Sincos, Mito, Orcotuna, Muqui, Muquiyauyo, Pillo (hoy Pilcomayo), Huaripampa, Chupaca, Huamancaca, Ahuac, Huachac, Sica-ya, Chongos Alto, Chongos Bajo, Huasicancha, Carhuacallanga, Potaca, Colca, etc. Su aplastamiento permitió pacificar transito-

riamente la zona. Esto no quiere decir que no se diesen enfrentamientos aislados, como el que terminó con el incendio de Vilcabamba y la masacre de su pobladores, mas no fue hasta el retorno de Cáceres, a inicios de julio, que se pudo volver a lanzar una ofensiva semejante.

c) La contraofensiva: Pucará, Marcavalle y Concepción.

Para fines de junio, Cáceres había reorganizado sus fuerzas y estaba en condiciones de reemprender las acciones. Con esa finalidad contramarchó rumbo al departamento de Junín, disponiendo un plan operativo que buscaba encajonar a las fuerzas de Canto a través de la voladura del puente de La Oroya, y luego batirlas en detalle aprovechando que estas mantenían un emplazamiento disperso. Para realizar su objetivo contaba con las fuerzas del ejército del centro y el apoyo de innumerables partidas de guerrilleros, algunas de las cuales, con 3 mil efectivos, se habían concentrado en Pazos para su entrenamiento.

El día 9 de junio se lanzó una ofensiva sobre Marcavalle y Pucará, al sur del valle del Mantaro, y en Concepción —en su zona central— el éxito fue total: en Marcavalle y Pucará las bajas chilenas ascendieron a más de 200, mientras que en Concepción no se salvó ninguno de los 76 integrantes de la guarnición. En las acciones del sur se distinguieron los guerrilleros de Acoria, Colcabamba, Huando, Acostambo, Pillichaca, Huaribamba, Pazos y Tongos. En el asalto de Concepción volvieron a jugar un papel clave los guerrilleros de Comas, secundados por los de Andamarca y una columna ayacuchana enviada de refuerzo. Si bien el plan de Cáceres no pudo realizarse completamente, por el fracaso de la columna que debía volar el puente de La Oroya, el que permitió que Canto huyese a Lima, el balance fue ampliamente favorable: las fuerzas chilenas debieron desalojar el centro con bajas que ascendían al 20% de sus efectivos totales; el ejército del centro se consolidó con un triunfo de indudable impacto psicológico; Cáceres entró en posesión de una zona rica en recursos materiales y humanos, y en gran medida debido a los excesos de los ocupantes, se levantaron grandes fuerzas guerrilleras, las que en los enfrentamientos adquirieron una indudable experiencia.

En seis meses la correlación había variado sustancialmente

en favor de las fuerzas del centro. A fines de agosto, Cáceres se proponía iniciar la ofensiva sobre Lima, como manifestaba al presidente: "De Lima también me comunican que se ha despertado tal ardor que están listos para venir ayudarme tan luego como me aproxime y aun para hacer un levantamiento. Así es que sólo espero que cumplas tu oferta de remisión de los 2,000 fusiles o fuerzas de línea a fin de principiar mis operaciones sobre la Capital como acordamos y antes que con el tiempo se apaguen los ánimos y las buenas disposiciones que hoy existen" ¹⁶. En los meses siguientes el pedido se reiteraría en todos los tonos sin ser atendido. En Montero pesaron más las suspicacias azuzadas por sus asesores civiles ante el temor de fortalecer excesivamente al caudillo del centro, se le rehusó la ayuda solicitada. Aun en marzo de 1883 Cáceres confiaba en lograr el éxito en su empeño: "Si me mandas 2,000 rifles podría tener un ejército de 5 a 6,000 hombres, y con ese solo auxilio (sic) de tu parte, te respondo que recupero Lima pues *además haría obrar 10 a 12,000* guerrilleros que están listos para el momento que los llame" (El subrayado es nuestro) ¹⁷.

La ocasión sería desperdiciada, por la lenidad de Montero y por la presencia de dos nuevos elementos, exteriores al centro, que modificaron radicalmente la situación. Uno fue el pronunciamiento del jefe militar del norte, Miguel de Iglesias, dispuesto a firmar la paz a cualquier costo. El otro fue el asesinato del presidente Garfield en EE.UU. Mientras el primero estimuló la división en el país, sentando las bases de la ulterior guerra civil, el segundo, unido a cambios en la política exterior norteamericana, permitió que los diplomáticos norteamericanos retirasen su apoyo al Perú, y se pasasen abiertamente a luchar por imponer las condiciones chilenas. En condiciones cada vez más desfavorables, Cáceres no pudo resistir la siguiente ofensiva chilena, desencadenada en mayo de 1883. El centro estaba esquilado y no era posible extraer de él nuevos recursos. Cáceres se vio obligado a marchar al norte y el 10 de julio de 1883, en Huamachuco, a las faldas del Sazón, su ejército fue totalmente destruido. Logró huir al centro y, con promesas de Montero de proporcionarle recursos, emprendió en Ayacucho y Andahuaylas la organización del ejército del centro por tercera vez.

4º—EJERCITO REGULAR Y GUERRILLAS

Frecuentemente se confunden a las guerrillas que actuaron en el centro con el ejército levantado por Cáceres. Esta confusión fue alimentada por el propio ejército chileno, que tratando a las fuerzas de Cáceres como "montoneras" tenía una justificación ideal para negarles el trato acordado a fuerzas regulares. Es bueno recordar que actualmente, un siglo después, se discute si los guerrilleros pueden ser acreedores al trato dispensado a los ejércitos de línea; obviamente, en la época de la campaña de la Breña, aquellos no tenían ningún amparo jurídico, y el propio Cáceres dedicaba una buena parte de sus reflexiones en sus *Memorias* a demostrar que sus fuerzas constituyen un ejército improvisado y que "la campaña de la resistencia no fue en modo alguno una "guerra campesina" ni de "campesinos" ¹⁸. Hay importante diferencias en el origen, estructura y comportamiento de las fuerzas regulares y las guerrillas, las que es necesario tomar en cuenta para valorar el papel del campesinado en el conflicto.

El ejército del centro se constituyó en base a cuadros veteranos, sobrevivientes de la campaña del sur y/o San Juan de Miraflores, que marcharon como el propio Cáceres a combatir al centro. Sobre este eje, se levantaron tropas a través del enrolamiento compulsivo de indígenas, los que eran desarraigados de su medio original y enviados a combatir a otras regiones. El elemento principal estaba constituido por indios de hacienda, los que desertaban en cuanto se les presentaba la oportunidad; de allí la enorme variabilidad de los efectivos con que se contaba. Se podría describir con bastante exactitud su posición frente al conflicto diciendo que esa "no era una guerra suya"; ellos eran enrolados al margen de su voluntad en defensa de una causa que difícilmente podrían sentir suya. Un viajero que recorrió la región en junio del 83 (mientras el ejército del centro se replegaba al norte) nos ha dejado esta estampa: "Hacía tres horas que caminábamos sin encontrar agua, y vimos á la distancia una choza; nos dirigimos a ella a pedir algo que apagase la sed; encontramos a una india que ordeñaba su vaca: era joven y de agradable aspecto, que tenía a su lado un chiquillo que nos miraba con asombro y curiosidad, ocultándose en los pliegues del faldellín de su madre. La mujer nos presentó un *mate* de leche y no qui-

zo recibir su valor, diciéndonos en quechua con tono afectuoso, que eso lo hacía para que la Providencia protegiera a su marido que estaba en el ejército del General Cáceres: tal vez, añadió, a estas horas busca él también quien lo auxilie en alguna necesidad y no hay quien le de un pan. Su consternación fue grande al pronunciar estas tristes palabras. Nos preguntó después, con increíble candor, si conocíamos á su marido; y como le contestamos que nó, ella replicó: 'cosa extraña, porque es muy bueno y servicial, y un pastor muy honrado en la estancia de Seklla'. Tan natural es que los campesinos supongan que todo el mundo está encerrado dentro de los linderos de su aldea, que se sorprenden que haya quién no conozca a cualquiera de sus vecinos" ¹⁹. Es bueno preguntarse qué podría representar "el Perú" para el pastor de la estancia de Seklla...

El levantamiento de tropas regulares exigía construir un aparato logístico especial, capaz de proveerlos de uniformes, armamento, parque, etc., extraños a la lógica de la economía campesina. Por otra parte, la jerarquía se construía en función de las exigencias bélicas, creando una estructura de comando con una unidad y centralización ajena a las propias instituciones de los campesinos.

Las guerrillas o montoneras (la denominación varía según quién se refiera a ellas) tienen una génesis básicamente espontánea, constituyendo una respuesta campesina a la ocupación, o una iniciativa inducida por los "notables" de una región. En su gestación tienen una importancia fundamental el funcionamiento de los mecanismos democráticos de toma de decisiones de las comunidades. Como hemos visto, tanto en Comas como en Sincos (ver anexo 1)), la resistencia se decidió en cabildos abiertos. Similar situación se dio en Chupaca, con un cabildo abierto celebrado el 12 de abril del 82, en el que se eligió como jefe de la resistencia guerrillera al gobernador del distrito, Manuel María Flores; y los ejemplos podrían multiplicarse. En este caso, el alistamiento es principalmente voluntario, lo cual supone una mayor identificación entre el combatiente y la causa que defiende. En lo fundamental, la resistencia guerrillera fue sostenida principalmente por las comunidades, y el gran protagonista de la gesta fue el indio de comunidad. El guerrillero está profundamente arraigado en su

zona (y de allí el cuidado con el que Cáceres procuraba coordinar su desempeño militar con el de productor agrícola); su base logística es, en lo fundamental, la que la propia comunidad le brinda, e incluso el propio armamento no es completamente ajeno a su realidad cotidiana; éste está constituido principalmente por la honda y el *rejón*: “se empleaban hasta las herramientas de labranza, que convertidas en arma blanca, los guerrilleros las blandían atadas a fuertes palos cual si fuesen bayonetas caladas”²⁰. La reja del arado, transformada en pica de combate, el temible *rejón*, simboliza la simbiosis completa entre el agricultor y el guerrero.

En la organización de las guerrillas, la estructura de la comunidad se adaptaba a las necesidades de la lucha. Si bien las necesidades técnicas de este tipo de accionar bélico exigía la organización de grupos pequeños, éstos se constituían en base a individuos de un mismo pueblo, respetando las decisiones democráticas de sus integrantes: “Estas se constituían en partidas de pocos hombres, teniendo a la cabeza, como jefe, al individuo más prestigioso del lugar de donde procedían. (...) El jefe designaba sus comandantes subordinados de acuerdo con la opinión de los integrantes de la partida, y de este modo la gente se sometía gustosa a la más completa obediencia”²¹. En los casos en que aquello fue necesario, Cáceres nombró como segundos de los jefes guerrilleros a militares de carrera. Obviamente éstos tenían el mando real, pero, para garantizar el consenso entre los integrantes de la partida, el mando formal lo mantenía aquel que era electo por los integrantes del destacamento.

El horizonte ideológico del indio de hacienda es muy distinto del de comunidad. En tanto aquel está, por lo general, constreñido a los linderos de la hacienda, éste tiene vinculaciones con una realidad más amplia, a través de múltiples canales, entre los cuales es el principal el intercambio mercantil. Aquel está sometido a relaciones de servidumbre, en tanto éste es un productor independiente. Además, mientras aquel defiende intereses ajenos —sean estos los del terrateniente o los de la autoridad política que lo enlistó— éste defiende sus intereses inmediatos en el combate: su hogar, su familia, sus pertenencias; no es por azar que las *Memorias* de los jefes guerrilleros estén pobladas de alusiones sobre los invasores

“famélicos”, “muertos de hambre”, etc.; en ellas se trasluce el orgullo del pequeño propietario, que defiende lo suyo.

De una neta diferenciación en su fase inicial, las guerrillas y el ejército pasaron a una concertación de actividades, en base a un plan operativo común, en que aquellas apoyaban a éste, para en la fase final participar en combate conjuntamente, con lo que tendían a borrarse las diferencias originales, en tanto las guerrillas se orientaban a constituirse en cuerpos de tropa regular. Al mismo tiempo, el guerrillero tendía a desarraigarse de su medio inmediato, en cuanto las necesidades de la instrucción y el combate exigían la concentración de muchas partidas en campamentos permanentes. Se equivoca aquel que piensa que la lucha guerrillera consistió únicamente en tomar las armas para repeler las patrullas enemigas cuando se acercaban al pueblo, para luego abandonarlas y volver a las actividades usuales, una vez pasado el peligro. Disponemos de una descripción excepcional del ambiente de uno de aquellos campamentos, ubicado en el pueblo de Huando, al sur del valle del Mantaro: “Encontramos allí doscientos cincuenta guerrilleros acampados, de los cuales cuarenta tenían armas de fuego, y los restantes empuñaban lanzas y rejonos. El campamento era muy animado. Se veían pabellones de esas toscas armas, cuyas astas brillaban entre el humo de las hogueras de la *pachamanca*. Multitud de mujeres y niños iban y venían como hormigas, llevando y trayendo leña, carne, papas; y conduciendo: burros, vacas, carneros y cuanto es indispensable en toda feria de indios: y es realmente una feria, un campamento de guerrilleros”²². Pero quizá lo más importante es que en el mismo asentamiento se encuentran guerrilleros de muy diversos pueblos y regiones, sometidos a un mando único: “Al ver reunidos en campo cerrado tal diversidad de tipos de la misma raza, hablando en distintos dialectos, y ostentando los vestidos más fantásticos, como la chaqueta y el calzón corto; *ojotas* más o menos artísticas; *llicllas* (manta corta) de bayeta de colores resaltantes; *anacos* sencillos o bordados, con sus entallados corpiños, mostrando los relieves del cuerpo en toda su pureza escultural; al mirar los rostros graves de los guerrilleros, con esos ojos que centellean entre los vapores del aguardiente, como la luz cenicienta de los astros en noches brumosas; al oír esa infernal algazara de mujeres, hombres y niños, confundidos con sus asnos, sus caballos y sus cabras; evo-

ca uno instintivamente aquellos animados y grotescos cuadros descritos por los viajeros de las estepas tártaras. El campamento de Huando era en efecto un hacinamiento de *pagos* y *comunidades* a semejanza de una reunión de tribus nómades de la Tartaria”²³.

En la fase final, contingentes guerrilleros fueron enviados a considerables distancias a combatir en operaciones regulares. Esto pudo constatarlo Carranza cuando pasó por Acostambo, a fines de mayo del 83: “El pueblo estaba en asamblea, y contamos cosa de 100 guerrilleros acampados en la plaza: el resto del contingente militar de Acostambo era a la sazón degollado en Quiulla, cerca a la Oroya, por los chilenos que expedicionaban sobre Cáceres”²⁴. La esposa del caudillo de la Breña, vio llegar este destacamento a Tarma el 20 de mayo: “Al atardecer del día anterior, había llegado un hermoso regimiento de bravos guerrilleros, armado de lanzas y rejonas, para reforzar a los soldados de línea y a sus compañeros de Yauli. El desfile de esta falange de heroicos jóvenes fue imponente y conmovedor. Llevaban un aire marcial y arrogante, usaban pantalón corto y camiseta gruesa, así como sus bolsas de coca. Nosotras muy emocionadas —se refiere a ella y sus hijas— los admirábamos desde los balcones de la jefatura, viéndolos marchar altivos y fieros, lanzando entusiastas “vivas” al Perú y al tayta Cáceres. Hortensia, que era de temperamento sensible, emocionada con el gesto ardiente de los guerrilleros, corrió a postrarse ante la santísima Virgen y de rodillas, oraba y lloraba. Yo, impresionada, le pregunté: “Hortensia, ¿por qué rezas?, ¿por qué lloras?”. “Mamacita —me respondió— porque me dan mucha pena estos pobres indios; van para que los maten como a perros, no llevan balas para defenderse”. Yo le aclaré: “Dirás que los matarán como a héroes”. Y lloré con ella”²⁵.

La defección de Iglesias, y la escisión que ésta produjo, con el surgimiento del “partido de la paz”, apoyado, sostenido y armado por el mando chileno, dio nuevo impulso a la resistencia guerrillera, al mismo tiempo que amplió su ámbito de influencia. Se dieron grandes enfrentamientos en Huanta, en acciones de hostigamiento a las fuerzas chilenas que ocuparon Ayacucho en pos de Cáceres, que a la sazón se había retirado a Andahuaylas, bajo el comando del jefe guerrillero Miguel Lazón. También en Huánuco, las guerrillas constituidas por

las comunidades de la provincia de Dos de Mayo, trabaron combate con las fuerzas chilenas y los colaboracionistas, consiguiendo liberar la capital departamental, bajo el comando del legendario "hombre de la bandera", Aparicio Pomares. Incluso en la región controlada por Iglesias, el Dr. José Mercedes Puga consiguió levantar grandes fuerzas, las que declararon su acatamiento a Cáceres, tomando sucesivamente Cajamarca, Trujillo, Huaylas y Huamachuco y llegando a controlar prácticamente el norte. En la región del Mantaro el combate prosiguió, esta vez bajo un comando más netamente indígena, con objetivos de clase más depurados. Bajo la dirección de Tomás Laymes, un cabo que se autoproclamó general, las guerrillas de Colca, Chongos Alto, Carhuacallanga, Huasicancha y Potaca hostilizaron las fuerzas de Urriola que se replegaban hacia Junín ante el avance de Cáceres. Siguiéndolo, penetraron hasta Huancayo, donde habrían cometido saqueos.

5:—EL COLABORACIONISMO

Para la clase dominante, la ocupación no dejaba muchas alternativas entre las que escoger. O se optaba por la resistencia, en cuyo caso la opción suponía incorporarse al ejército del centro, marchando con éste hacia las zonas no controladas por el enemigo, en las que era posible realizar las tareas organizativas que permitiesen preparar las condiciones para los futuros enfrentamientos; o se permanecía en la zona, en cuyo caso era necesario buscar alguna forma de coexistencia con las fuerzas de ocupación.

Varios terratenientes optaron por la resistencia activa. Ellos constituyeron la columna vertebral del Estado Mayor de Cáceres. Tales son los casos de Luis A. Ibarra, Manuel R. Santa María, Vicente Palomino y otros; el propio Cáceres era terrateniente.

En cambio, entre los que permanecieron en la zona ocupada, hubieron varios que optaron por la colaboración. Esta se presentó ya cuando Letelier incursionó en la región, como pudimos verlo. Y cuando los chilenos ocuparon el valle del Mantaro, también encontraron eficaces ayudantes. Tal es el caso del alemán Guillermo Kirchner, comerciante y usurero que hizo fortuna comercializando las especies que los chilenos sus-

traían y dando créditos usurarios a los afectados por los cupos. Similar es el caso de algunos terratenientes (véase el anexo 2), que ya en abril de 1882 proporcionaban información a las tropas de ocupación. En su opción, posiblemente pesó la consideración de que la resistencia era inútil; además, el impacto de los cupos, la necesidad de estabilidad social para iniciar la reconstrucción y el peligro para sus posiciones de clase, que suponía la movilización campesina, debieron pesar con similar fuerza. Mas este colaboracionismo temprano seguía siendo un fenómeno aislado, frente al cual se podría contrastar multitud de ejemplos de terratenientes que resistían, activa o pasivamente, a la ocupación.

A medida que la situación fue cambiando, también las condiciones para una generalización del colaboracionismo se fueron ampliando. En su primera fase, éste tuvo un carácter más bien aleatorio, como se presenta en cualquier conflicto en que una región sufre una prolongada ocupación; no faltan entonces aquellos que encuentran cómo sacar ventajas de la situación. En cambio, al formarse el "partido de la paz", bajo el comando de Iglesias, —otro terrateniente— surgió un nuevo tipo de colaboración en la región, que respondía a causas estructurales, profundas.

Desde antes del inicio de la guerra, la región central era escenario de agudas pugnas, al interior del bloque terrateniente. En las cuatro décadas anteriores, se vivió una intensa concentración latifundista que, a diferencia de lo acontecido en otras regiones, enfrentó básicamente a terratenientes contra terratenientes, en tanto que entre haciendas y comunidades se vivía una relativa paz social. Y al agudizarse las contradicciones, al prolongarse la guerra en la región central, la antigua escisión del bloque terrateniente resurgió bajo una nueva forma; enfrentando a los terratenientes modernizantes, que optaron por la colaboración, contra los tradicionales —"patriotas". El problema central que enfrentaron aquellos fue la extrema vulnerabilidad de su poder económico: éstos atravesaban una etapa de gran expansión, la que había supuesto no sólo muy grandes inversiones, sino también la diversificación de la misma; la consolidación de su situación tenía como prerrequisito una estabilidad social que había sido profundamente quebrada por el conflicto; en una primera etapa, intervinieron decidida-

mente en favor de la resistencia pero, cuando la situación amenazaba prolongarse, optaron por la colaboración, la que fue estimulada por el pronunciamiento de Iglesias, el que les dio la justificación ideológica de "la lucha por el orden". El caso de los Valladares es particularmente ilustrativo: esta familia, que en 1838 no poseía tierras; en base a capitales acumulados en la explotación minera, inició una expansión que en la preguerra los hizo propietarios de 19 haciendas, aparte de cercos, chacras, casas, etc.: posiblemente, más de 300,000 hectáreas. Al iniciarse el conflicto participaron activamente, combatiendo en San Juan y Miraflores, y luego al replegarse al centro, apoyando a Piérola. Más al desconocerse a éste, y reconocerse a García Calderón, se retiraron y luego de sufrir grandes cupos (en un día debieron pagar un rescate mayor que el abonado por la ciudad de Huancayo, para defender sus tierras) viraron radicalmente. El esposo de Beatriz Valladares, Luis Milón Duarte que, como abogado de la familia, cumplía el rol de cabeza política del clan, pasó a la colaboración abierta, mudándose a Lima donde editó el periódico colaboracionista "El Pueblo", con el beneplácito del alto mando chileno. Posteriormente, al iniciarse la campaña contra Cáceres, sirvió como guía del ejército chileno, en compañía de otro terrateniente, el cantero Manuel de la Encarnación Vento, obteniendo de Iglesias el cargo de "jefe superior político y militar del centro" —equivalente al que ostentaba Cáceres—. Al ocuparse el centro en mayo del 83, recorrió la región imponiendo cupos a los municipios para el sostenimiento de las fuerzas de ocupación, con la amenaza de arrasar las poblaciones, instalando autoridades colaboracionistas y levantando actas de apoyo al régimen de Iglesias. Y cuando se firmó la paz, cediendo Tarapacá, Tacna y Arica, y rompiendo unilateralmente la alianza con Bolivia, no sólo firmó él el tratado, sino que también lo hizo su cuñado, Juan Enrique Valladares.

En la incursión que realizó el ejército chileno en mayo del 83, llevaba instrucciones específicas en cuanto a conseguir la entronización de las autoridades iglesistas; éstas iban apoyadas por las armas del ejército de ocupación, el que castigaba con los cupos a los que no apoyaban plenamente el nuevo orden: como advirtió Lynch al jefe de la expedición, Urriola, éste debía pagar lo que consumiese, "pero que de preferencia tome sin remuneración, para satisfacer las necesidades de la tro-

pa, recursos de las poblaciones *recalcitrantes* y que se manifiesten hostiles, sea a nuestras fuerzas, sea al Gobierno del General Iglesias”²⁶. Esta política tuvo gran éxito, tanto por que los afectados querían librarse de las represalias del ejército chileno, como por que la consolidación de Iglesias prometía brindar una estabilidad social que todo el mundo deseaba. Y la derrota de Cáceres en Huamachuco no hizo otra cosa que fortalecer la tendencia. Para la época en que Cáceres preparaba por tercera vez su ejército, el partido de los *chileques*, *chilenistas*, *argollistas* o *ccalacuchis* (cerdos desnudos), había crecido notablemente.

6º—LAS MOVILIZACIONES CAMPESINAS

Nos interesa discutir las motivaciones de la participación campesina en el proceso que analizamos. Para comprenderla, es vital el análisis del movimiento guerrillero, en cuanto, por ser éste fundamentalmente voluntario, expresa más adecuadamente el punto de vista del campesinado.

Contra lo que muestran ciertos lugares comunes, el movimiento campesino no rebazó en su primera fase el margen de un enfrentamiento de tipo “nacional”; en que las razones que movilizan a las comunidades son la “defensa de la patria”, “arrojar al invasor”, “castigar a los traidores”, etc. Esto fue fuertemente estimulado por la imposición de los cupos, pero éstos no son el único elemento explicativo; vimos que la resistencia en Comas no fue motivada por éstos, y este no es un caso aislado: de las comunidades que hemos mencionado al describir la resistencia guerrillera en la margen derecha del Mantaro, son varias las que se confederaron pese a no haber sido ocupadas nunca, y estar a salvo de las exacciones por su distancia de los centros poblados.

Otra cuestión que se debe considerar es la relación entre el campesinado y el ejército de Cáceres: teniendo éste un Estado Mayor conformado mayoritariamente por gamonales (incluido el propio Cáceres), tuvo sin embargo la total adhesión de los campesinos, los que lo obedecían ciegamente. Los recuerdos que consigna Cáceres en sus *Memorias* abundan en anécdotas que testimonian la devoción que inspiró en los indígenas, sol-

dados y guerrilleros. Y los apuntes de Luis Carranza dan fe del mismo fenómeno:

“Nosotros llegamos a Acostambo a las 7 de la noche de uno de los últimos días de mayo de 1883. El general Cáceres había emprendido su retirada á los departamentos del Norte, siguiendo el camino fatal de Huamachuco: llevábamos un pasaporte con su rúbrica. En los primeros tapias que dan entrada al pueblo, fuimos detenidos por una avanzada de guerrilleros de la aldea: eran tres indios altos, esbeltos, de chaqueta, calzón corto y montera. Llevaban lanzas y hablaban regularmente el castellano.

“¡Alto ahí! nos dijeron, saltando de las tapias con aire amenazador. ¿Dónde van? nos interrogaron. Sorprendidos con esta aparición detuvimos nuestras bestias, y ya con más calma, contestamos que éramos viajeros recomendados por el General; y para probarlo, presentamos el pasaporte que tenía estampada la firma de aquel caudillo. El indio de más edad hizo que le trajeran un tizón de la choza vecina, y á su luz reconoció la autenticidad del documento, manifestando suma complacencia al ver la rúbrica del General Cáceres. Desde ese momento, fuimos atendidos y agazajados (sic) en el pueblo. Se nos proporcionó alojamiento, cena y forraje. Al día siguiente día fuimos honrados con una escolta de lanceros de infantería que habría dejado satisfecha la vanidad de cualquier cacique”. 27

Es claro que, en esta primera fase, el movimiento no revisite un carácter anti-terratendiente, lo cual no quiere decir que no hubiesen acciones contra algunos terratenientes; pero éstas encontraban su justificación en motivaciones de carácter “patriótico”, ya se tratase de agenciarse los recursos para sostener la resistencia, o de castigar acciones de colaboración con las fuerzas chilenas. Y si las tomas de tierras, cuando se trataba de castigar a los ccala-cuchis, tenían un carácter *objetivamente antiterratendiente*, —en cuanto se trataba del cuestionamiento de la base de sustentación del poder gamonal: la propiedad de la tierra— no aparecían así ante la conciencia de sus ejecutores; se castigaba la traición a la patria, no el hecho de ser terratendiente. Y si se observa la secuencia en que se produjeron las tomas de tierras, esta impresión se confirma: la regla general es que las tierras tomadas en la primera etapa fueron las de los elementos probadamente colaboracionistas. Y en estas acciones no hacían otra cosa que realizar actos aprobados por Cáceres. Como le manifestaron los comandantes guerrilleros de Acobamba al colaboracionista Cevallos: “Todos los Guirrillos (...) somos con orden espreso del Sr. General Don Andrés Abilino Cáseres y así tenemos orden para castigar

las pecardías á los trayedores de la Patria". Por la fecha del documento, abril de 1882, se puede constatar que, en el momento en que las acciones guerrilleras estaban en su punto más alto, aún no se iniciaban las tomas de tierras; como los mismos combatientes añadían: "aunque U. nos trata de bárbaros todavía no handamos con benganzas ni con otras ocasiones barbaridades" (véase el anexo 2).

Las tomas de tierras no se generalizaron en tanto no se generalizó el colaboracionismo. En esto debió de influir el hecho de que no existiesen conflictos particularmente agudos entre las haciendas y las comunidades en la inmediata preguerra. Aun en mayo de 1883 éstas no estaban generalizadas; un observador tan agudo como Carranza no habría dejado de consignarlas en sus apuntes, pero, pese a que toca múltiples temas, no hay referencias sobre acciones de este tipo ²⁸. Y cuando éstas se desencadenaron liberando la potencialidad de miles de campesinos en armas, lo hicieron al amparo del pabellón del combate contra el colaboracionismo, que en momentos en que prácticamente la totalidad de pueblos firmaban actas de apoyo a Iglesias, envolvía a la clase terrateniente en su conjunto; es dudoso que para los campesinos que combatían contra las fuerzas de ocupación significase gran cosa la diferencia entre los que firmaron con entusiasmo y los que lo hicieron contra su voluntad.

Tal era el panorama cuando, luego de levantar nuevas fuerzas, Cáceres marchó a Huancayo dispuesto a proseguir el combate. Allí, ante la noticia de la firma del Tratado de Ancón y de la dispersión del ejército del sur, (que desapareció sin disparar un tiro, en tanto Montero huía a Bolivia), debió fijar su posición ante la paz firmada por Iglesias y ante el movimiento campesino en ofensiva contra los terratenientes.

7º—EL MOVIMIENTO CAMPESINO DEPURA SU CARACTER ANTI-TERRATENIENTE

La coyuntura imperante en julio del 84 ponía a Cáceres en una disyuntiva. La resistencia ya no era posible, y el caudillo se avino a aceptarlo. En esas condiciones, o se retiraba a la vida privada, o buscaba resarcirse de sus fatigas. Cáceres optó por la segunda y emprendió la lucha por el poder. Para

ello, lo legitimaba el hecho de haber sido nombrado segundo vicepresidente de la República por el congreso convocado por Montero en abril de 1883.

El nuevo objetivo, cambiaba totalmente el carácter de la lucha, lo que exigía modificar sustancialmente la composición del bloque social en que ésta se sustentaba, así como la justificación ideológica que la legitimaba. En tanto la guerra fue de carácter nacional, la columna vertebral de sus fuerzas la constituyó el campesinado, al cual se movilizó en base a una prédica que incidía en elementos de carácter nacional populista ²⁹. Mas, al transformarse ésta en una guerra civil contra Iglesias, pasaba a ser más importante legitimizarse frente al bloque dominante y principalmente, frente a los terratenientes, tan duramente golpeados en el período anterior. Si hasta ese momento el interés fundamental era mantener movilizados a los campesinos aun cuando ello le crease, como se las creó, contradicciones con los terratenientes, ahora pasaba a ser políticamente imprescindible desmovilizarlos. Y la prédica nacionalista debería dejar su lugar a la "defensa del orden".

La nueva tónica se selló con el fusilamiento de los jefes guerrilleros de Colca, en julio del 84. Estos, Laymes, Vílchez, Briceño y Santisteban, fueron acusados de la comisión de múltiples delitos, atraídos por Cáceres a una celada y sumariamente ejecutados. Es claro que se les condenaba por ejercer la violencia que el propio Cáceres estimuló en el período anterior, y, principalmente, por dirigir los tomas de tierras de los fundos *Tucle*, *Antapongo*, *Río de la Virgen* e *Ingahuasi*; es significativo que la propietaria de Tucle Bernarda Piélagos, fuese tía de Cáceres, en tanto que su administrador, Vicente Palomino, formaba parte de "la Ayundantina" (oficiales ayudantes de Cáceres) ³⁰. La ejecución le permitió a Cáceres ganar el respaldo del bloque terrateniente, pero le enajenó la simpatía de los campesinos; según una tradición recogida por Favre, estos —en una fulgurante visión sincrética— han asimilado esta ejecución con la de Túpac Amaru: para la leyenda local, las dos son una misma ejecución ³¹. Y esto se confirma por el comportamiento de los guerrilleros frente a Cáceres: cuando éste ocupó Huancayo tenía 3 mil hombres; cuando, un mes después de la ejecución, trató de asaltar Palacio, le quedaban 300 — los que trajo de su tierra natal, Ayacucho—

derrotado, debió huir; las nueve décimas partes de sus fuerzas habían abandonado al otrora idolatrado "tayta". Y en el nuevo ejército que por cuarta vez levantó, el populismo nacionalista cedió definitivamente su puesto a una relación de típica clientelización, en que las adhesiones se recompensaron con cargos estatales, luego de la derrota de Iglesias y la conversión del guerrero en estadista. Finalmente, cuando en 1894 la Coalición emprendió la lucha contra Cáceres, que encumbraría a Piérola, contó con la entusiasta participación de las guerrillas de Colca, en cuya dirección intervinieron antiguos colaboracionistas de la época de la guerra. Ese fue el epílogo de la relación entre Cáceres y el campesinado del centro.

La opción anti campesina de Cáceres no dotó al movimiento campesino de su carácter antiterrateniente; éste lo poseía ya objetivamente en cuanto precipitaba la crisis de la forma de dominación imperante. Mas ésta tuvo la virtud de hacer evidente este carácter en la conciencia del campesinado: el ropaje ideológico que encubría la relación real, presentándola como una oposición del carácter "nacional", cayó, dejando en evidencia su real naturaleza de enfrentamiento de clase. La "guerra nacional" abrió el paso, en la conciencia de sus protagonistas, a la pura y simple lucha de clases.

8°—A MANERA DE BALANCE

Los movimientos campesinos que se desataron a partir de la guerra constituyen uno de los puntos más altos de la lucha de clases en la región central. Para 1887 se mantenían en manos de los campesinos más de 45 haciendas, que ocupaban centenares de miles de hectáreas entre el valle del Mantaro y Cerro de Pasco. La estructura de poder terrateniente estaba descoyuntada y debió iniciarse una muy larga lucha por la "recuperación" de las tierras tomadas por los guerrilleros, los que para la historia oficial pasaron a ser los abominables "bandoleros", doblemente fortalecidos, por el hecho de mantenerse en armas y por la alianza establecida entre los comuneros y los operarios de hacienda, para enfrentar la contraofensiva terrateniente. Por su parte, los terratenientes seguían ahogados en sus contradicciones internas, sin posibilidad de presentar una respuesta de bloque, lo que contribuía a fortalecer la situación de los campesinos. En adelante, los plazos para la re-

cuperación de las tierras dependerían íntegramente de la correlación de fuerzas establecida en cada zona. Este es un proceso extraordinariamente complejo que se prolongaría hasta 1902, cuando se desarmó a las últimas guerrillas. Y cuando el bloque terrateniente regional había logrado, finalmente, las condiciones políticas para su recuperación, fue golpeado de muerte por dos sucesos que crearon las premisas de su desaparición: la llegada del Ferrocarril Central a la región, y la instalación de la Cerro de Pasco Cooper Corporation. Mas esa es ya otra historia...

Hacen 100 años, sus clases dominantes embarcaron a los pueblos de tres países hispanoamericanos en una guerra fratricida. Un siglo después, los grandes ganadores son los comunes explotadores de los antiguos contendores. América Latina está aún más balkanizada; la suspicacia, desconfianza mutua y revanchismo han sido el alimento espiritual de generaciones íntegras de peruanos, y las consecuencias de la guerra (sobre todo, la mediterraneidad de Bolivia) son aún problemas a resolver.

ANEXO N° 1

En el pueblo de Cincos a once días del mes de Abril de mil ochocientos ochenta y dos: atendiendo a las circunstancias actuales en que atrabiesa (sic) el País embadida (sic) por las fuerzas chilenas, todos los hijos del pueblo unánime y voluntariamente ofrecieron a tomar las armas en defensa de la honra Nacional á mando del Sr. Coronel José M° Béjar, Tnte. Coronel Sr. Federico Bornas (?), Sargento (sic) Mayor Simón C. Baldeón y cuarto jefe Capitán Juan Ledesma Zárate; quienes fueron nombrados por la voluntad del pueblo, en cuya virtud ofrecemos rechazar (sic) al invasor enemigo y cuadyubar (sic) a todos los pueblos aliados del tránsito. Asimismo nos obligamos á no faltar bajo ningún pretesto (sic) á los continuos servicios de nuestra persona, bajo la pena de estar sujetos á habonar (sic) cuatro soles de multa por primera acordada por nosotros mismos; y si hubiesen reincidencias se duplicará, triplicará ú cuadruplicará la pena referida.

Más, que ninguno de nosotros podremos separarnos por ningún pretesto (sic) del cuerpo de la fuerza sin que antes probemos la causa justa y legal de la separación y mientras no se pruebe lo contrario, serán confiscados los terrenos de aquellos que infrinjan al deber sagrado de que se trata, calificandoseles de traldores de lesa patria.

Por otra, que siendo de suma necesidad la unificación de las fuerzas de este Distrito, con las de los demás pueblos aliados que se encuentran en pie de defenza (sic), acordamos elevar la presente a conocimiento del Sr. Comandante General de las fuerzas de esta banda, para que se nos considere en el número de ellos. Concluimos el acto y lo firmamos.

Federico Borna
Mariano Sosa

José M° Béjar
Cecilio Rojas

Simón C. Baldeón
Pedro Alvares

ANEXO N° 2

R.P.

Acobamba abr. 16 de 1882

Capetanes y Tenientes Goberdores
Al Sor Civilista Don
Jasinto Ceballos

Creeria U que debajo del Sol y de la tierra no sabran la tracionava á su Patria natal pues los saben, y los sabemos que U entre los de mas

de sus compañeros trayedores de nuestra amable Patria estan en esa Provincia comunicandoles y dándole esplicaciones del modo como se puedan ruinar á los Perhuanos, á esus alevos bandidos Chilenos invasores como voz trayedores de su Patria. También Creeria U que no podiamos piscar la comunicacion que U habia estado pasando á su Mayordomo, pues lo tenemos en nuestras manos inpuesto de su contenido debimos decirle: que pues todos los Guirrilleros que se encuintran todas las quebradas de esta muntaña encabezado por el Comandante Gonzales Dilgado somos con orden espreso del Sr. General Don Andrés Abilino Cáseres y así tenemos orden para castigar las pecardias á los trayedores de la Patria: y U no nos pongas en el número de los bárbaros como tiene U comunicación á su Mayordomo pues nosotros con razon y justicia unanivamente levantamos a defender á nuestra Patria somos verdaderos amantes de la Pátria natal. No se á cual jente U se trata por miserable y quererse vengar en el trascurso del tiempo: no cree, U que nosotros hasta presente ocasión aunque U nos trata de bárbaros todavía no handamos con venganzas ni con otras ocasiones barbaridades, si no prosidemos con toda lealtad todos los Guirrilleros á un que sabemos que U es un de las argollas mas grandes entre el Sor Célibre Dr. Giraldez.

Es verdad el otro dia como pasamos junto por la Hacienda de U. despues de haber hecho una abanzada á una de las por todas de estos lugares al en cuentro con esos bandidos Chilenos de paso de su mayordomo pedimos que nos dé unos ocho ganados bacunos para rancho para dar sus raciones á dos mil hombres que se encuentra á nuestros mandos: es solo lo que he hecho en tocante á la de U y cree que habiamos hecho barbaridades, que eso de cualquier Haciendado pueda soportarnos como a soldados patriotas. — Dios Gue á U.

Mariano Mayta
TG

Mariano Campos
TG

Faustino Camargo
Capetan

Martin Vera
Capetan

Domingo Mercado

NOTAS

- 1 García Calderón esperaba salvar los territorios que Chile exigía como compensación territorial entregándolos en protectorado a los EE.UU. Por su parte, el ministro Hurlburt contaba con lograr el protectorado, y la posterior anexión, del conjunto del país a los dominios norteamericanos. Vease Medina Castro, Manuel: **EE.UU. y América Latina en el Siglo XIX**.
- 2 En el sur, Montero contaba con un ejército de 5 mil efectivos y provisto de abundantes pertrechos, el cual permaneció ocioso por más de dos años, para finalmente dispersarse sin disparar un tiro cuando, luego de la derrota de Cáceres, las fuerzas chilenas expedicionaron sobre Arequipa. El Ejército del norte, tuvo una existencia casi virtual; la decisión de Iglesias de firmar una paz unilateral no fue acatada sin resistencia; surgieron importantes guerrillas pro-caceristas, la principal de las cuales fue encabezada por el Dr. José Mercedes Puga. Ese fue el contexto en que se produjo el levantamiento encabezado por Atusparia, en el Callejón de Huaylas.
- 3 **Datos y partes oficiales de las Batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores.** BN. D. 11748.
- 4 La información sobre los juicios que se siguieron se encuentra en los periódicos **El eco de Junín** y **El porvenir de Junín**, editados en Cerro de Pasco.
- 5 Los préstamos fueron registrados ante el notario Luis Salazar, y se conservan en el Archivo Flores, de Jauja.
- 6 Basadre, Jorge: **Historia de la República del Perú**, T. VIII, p. 376.
- 7 Esta parte ha sido reconstruida en base a las **Memorias de Ambrosio Salazar y Márquez**. Estas fueron redactadas por su hermano, Juan P. Salazar, y hasta la fecha permanecen inéditas. En diversas oportunidades se ha cuestionado la veracidad de su contenido, pero las objeciones van al rol que Salazar se autoatribuye; no a los hechos en sí.
- 8 Salazar y Márquez, Ambrosio: **Memorias sobre la resistencia de la Breña**, p. 14.
- 9 Oficio de Juan B. Yupanqui, José Menéndez y José Erquenio al Prefecto de Junín solicitando se les rebaje la cuota de ganado a reintegrar al propietario de Runatullo, Jauja, 9 de set. de 1887 (APJ).
- 10 Cáceres, Andrés Abelino: **La guerra del 79: sus campañas (Memorias)**.
- 11 Samanlego Córdoba, Felipe de Jesús: **Los héroes de Sicaya**, p. 14
- 12 *Idem*, p. 15. No cita fuentes que respalden su afirmación.
- 13 Comandancia de las fuerzas de Orcotuna al Alcalde de la H. Municipalidad de Sincos, 10 de abril de 1882. (APJ).
- 14 Citado en Tello Devotto, Ricardo: **Historia de la provincia de Huancayo**, pp. 65-66
- 15 Oficio del Subprefecto de la provincia de Jauja a los Comandantes de las fuerzas de Sincos, 16 de abril de 1882. (APJ).
- 16 Cáceres a Lizardo Montero, Tarma, 30 de agosto de 1882 (BN)

17 **Idem**, Canta, 12 de marzo de 1883. (BN)

18 Cáceres: **Op. cit.**, p. 160

19 Carranza, Luis: **Artículos publicados**, pp. 14-15. El texto permite colegir que se trata de un siervo de hacienda.

20 Esponda, José Gabino: **Memorias**.

21 Cáceres: **Op. cit.**, p. 104

22 Carranza: **Op. cit.**, p. 6

23 **Idem**, pp. 6-7

24 **Idem**, p. 3

25 Moreno de Cáceres, Antonia: **Recuerdos de la campaña de la Breña**, pp. 89-90

26 Lynch, Patricio: **2ª Memoria que el Vice Almirante D. Patricio Lynch presenta al Supremo Gobierno de Chile**. p. 319

27 Carranza: **Op. cit.**, p. 3

28 Henri Favre afirma que a fines de 1882 habría sido ocupada la ha-

cienda Tucle, pero no menciona sus fuentes. Vease Bonilla Heraclio: **Crisis, campesinado y problema nacional en el Perú moderno**, p. 85.

29 En la obra citada, Bonilla afirma que las relaciones étnicas habrían "encapsulado" a las relaciones de clase durante el conflicto, en tanto que la dimensión nacional habría estado ausente en la conciencia de los campesinos. Discrepamos radicalmente de sus planteamientos y pensamos que la afirmación del escaso desarrollo del mercado interior no exime del análisis del comportamiento concreto de las clases en presencia. El debate sobre estos puntos es materia de nuestro trabajo **Campesinado y nación**, ya citado.

30 Moreno de Cáceres, Antonia: **Op. cit.**, p. 79

31 Hobsbawm, Eric J.: **Ocupaciones campesinas de tierras** Rev. Análisis, Nos. 2-3, p. 121

SIGLAS UTILIZADAS

BN: Biblioteca Nacional, Sala de Investigaciones.

APJ: Archivo de la Prefectura de Junín.



SAUSAL, Calle principal



SAUSAL, Vista de los trabajadores en el corte